

Truman Capote

El cuervo que se creía perro

Guillermo Vega Zaragoza

¿Qué habría sido de la escena literaria estadounidense de la segunda mitad del siglo xx sin Truman Capote? El autor excéntrico y polémico ocupó el centro mediático de la vida cultural de su país pero, sobre todo, escribió un puñado de piezas maestras ya inmortales. Este mes se cumplirán tres décadas del fallecimiento de Capote, y Guillermo Vega Zaragoza lo recuerda con este emocionante perfil.

I. UN CHICO MUY CURIOSO

Los padres le dan instrucciones precisas al personal del hotel: no dejarlo salir de la habitación aunque chillara.

El niño —quizá de tres o cuatro años, pero que parece de menor edad debido a su menuda compleción— llora, patalea, se desgañita, golpea la puerta, pidiéndole a sus padres que no lo abandonen. Pero nadie le hace caso. Por fin, agotado, luego de varias horas, se dejará caer al suelo y se quedará ahí, hasta que papá y mamá regresen... o no.

El niño recordará —ya como adulto— que cada día era una pesadilla, porque temía que sus padres lo abandonaran cuando estuviese oscuro, que sentía terror de verse abandonado: toda la infancia la pasó viviendo en un constante estado de tensión y miedo.

El niño respondía al nombre de Truman. Su progenitor, un vendedor llamado Archulus Persons, se casó con Lillie Mae Faulk, una belleza descocada de 17 años, con aspiraciones de actriz, que vio en el matrimonio la única forma de escapar de la aburrida vida de la casa

familiar. Nacido en Nueva Orleans, el 30 de septiembre de 1924, el pequeño Truman era un obstáculo para la alocada e incierta carrera de Lillie Mae, así que en el verano de 1930, pocos meses antes de que cumpliera seis años, decidió dejar al niño con unos parientes lejanos en Monroeville, Alabama, y se largó para seguir la juerga con unos amigos en Colorado. El miedo a que lo abandonaran se cumplió al fin.

Pero a pesar de su dolor, Truman no se dejó amilinar. Las hermanas Faulk se convertirían en su familia sustituta; desarrollaría un intenso vínculo maternal con su prima Nanny Rumbley Faulk, a la que llamaba Sook. Desde pequeño, Truman se reveló como dueño de una incisiva inteligencia. Sook le enseñó a leer y él aprendió por sí mismo a escribir antes de entrar a la escuela. Cuando contaba con apenas cinco años, andaba por ahí cargando un cuadernito y un diccionario, tomando apuntes de todo lo que veía.

Las Faulk tenían como vecinos a la familia Lee. El padre era abogado y la hija menor llamada Nelle se volvió la mejor amiga de Truman. Asistían a los juicios

donde litigaba el señor Lee en vez de ir al cine. Desde entonces, Truman se empezó a interesar en los crímenes y la justicia.

Con los años, la pequeña Nelle se convertiría en la escritora Harper Lee y le bastaría un solo libro para consagrarse: *Matar a un ruiseñor*, publicado en 1960, que al año siguiente obtuvo el Premio Pulitzer y se convertiría en una exitosa película estelarizada por Gregory Peck. En la novela, basada en la infancia de Nelle, aparece un personaje de nombre Charles Baker Harry, al que todos conocen como Dill, basado en quien entonces se llamaba Truman Streckfus Persons, de tan sólo siete años. Así lo describe en el libro:

Dill era un chico muy curioso. Llevaba unos pantalones cortos azules abrochados a la camisa, tenía el pelo blanco como nieve y pegado a la cabeza lo mismo que si fuera plumón de pato. Me aventajaba en un año, pero yo era un gigante a su lado. Mientras nos relataba la vieja historia del vampiro, sus ojos azules se iluminaban y se oscurecían; tenía una risa repentina y feliz, y solía tirarse de un mechón de cabello que le caía sobre la frente.

A los once años, para participar en el concurso literario de la página infantil del periódico *Mobile Press Register*, Truman envió un cuento titulado “Old Mrs. Busybody” (“La vieja señora Metomentodo”), que presentaba en clave un chisme local en el que estaban in-

volucrados los padres de Nelle. El premio podía ser un perro o un pony. Truman estaba loco por ganar cualquiera de los dos, pero no contaba con que el cuento sería publicado. Obtuvo el segundo lugar pero ningún premio, y la primera parte del relato apareció en la edición del domingo. Aquello fue un escándalo. La gente del pueblo se molestó con el indiscreto niño. Lo miraban con recelo al pasar por la calle, se abanicaban y se quedaban callados en cuanto lo veían acercarse. La segunda parte del cuento nunca se publicó. Truman se dio cuenta de que se había equivocado y por un tiempo aseguró que había dejado de escribir, aunque la realidad era que lo seguía haciendo en secreto, con más ardor que nunca.

A los doce años, el director de su escuela le dijo a su familia que posiblemente fuera “subnormal” debido a su pobre desempeño académico, así que lo llevaron a una universidad a que le aplicaran pruebas para determinar su coeficiente de inteligencia. Para sorpresa hasta de sí mismo, obtuvo puntuaciones que lo acreditaban como genio. Ya adulto, alardeaba de proezas como recordar íntegra y fielmente una conversación completa que acabara de escuchar, o leer y entender una novela de extensión razonable (300 páginas) en dos horas. Con esta voracidad, engulló las obras de Thomas Wolfe, Gustave Flaubert, Iván Turgénev, Antón Chéjov, Jane Austen, Henry James, Guy de Maupassant, E. M. Forster, Rainer Maria Rilke, Marcel Proust, George Bernard Shaw, Isak



Truman Capote



Truman Capote, 1924

Dinesen, Willa Cather y James Agee, a los que consideraba sus maestros.

En 1933, Lillie Mae —que a la sazón se había divorciado de Archulus y vuelto a casar con un vendedor de textiles de origen cubano llamado Joseph Capote— regresó por Truman para llevárselo a vivir con ella a Nueva York. Su padrastro decidió adoptarlo y darle sus apellidos, y lo convirtió en Truman García Capote. Truman estudió en diversos colegios privados de Nueva York y Connecticut, hasta que en 1943 entró a trabajar como ayudante en el departamento de arte de la prestigiosa revista *The New Yorker*. En sus “conversaciones íntimas” con el periodista Lawrence Grobel (Anagrama, 1986), Capote confesó:

Lo último que haría en la vida sería perder el tiempo yendo a una universidad, porque ya sabía lo que quería hacer. Por aquella época ya había leído muchísimo y era un escritor realmente consumado. No tenía motivos para ir a la universidad. La única razón para ir a la universidad es para ser médico, abogado o algo que requiera un alto grado de especialización. Pero si uno quiere ser escritor, y *ya lo es*, y escribe sin faltas de ortografía [*risas*], no hay razón para ir a la universidad. De todos modos, asistí a la mejor universidad posible cuando entré a trabajar en

The New Yorker. Es inconcebible que en una universidad hubiese aprendido todo lo que aprendí durante los dos años y medio que pasé en *The New Yorker*. No habría sido posible. Y además, tengo un montón de licenciaturas.

II. UNA VERDADERA HAZAÑA LITERARIA

En 1945, Capote publicó su primer cuento, “Miriam”, en la revista *Mademoiselle*, por el que al año siguiente obtuvo el prestigiado Premio O. Henry. Este éxito incipiente atrajo la atención de otras revistas y de la editorial Random House que le publicó su primera novela *Otras voces, otros ámbitos* en 1948. El libro tuvo un éxito rotundo y estuvo nueve semanas en la lista de *The New York Times*. Sin embargo, no fue sólo la calidad de la novela la que llamó la atención sino la “provocativa” foto, tomada por Harold Halma, que aparecía en la cuarta de forros: un jovencísimo Capote recostado en un sofá mirando a la cámara, a la vez retador e insinuante. Algunos comentaristas conservadores la consideraron “un atentado a la moralidad”. La foto causó tanto revuelo que convirtió a Truman Capote en una celebridad, y le otorgó la notoriedad que siempre había buscado y que ya nunca lo abandonaría.

Durante los cincuenta, la escritura de Capote se diversificó. Además de escribir cuentos, artículos y crónicas, incursionó en el teatro y el cine. Adaptó para la escena su noveleta *El arpa de hierba* y escribió el musical *La casa de las flores*. Coescribió con John Huston el guion de la película *Beat the Devil*, protagonizada por Humphrey Bogart. Su novela corta *Desayuno en Tiffány's* —por la que Norman Mailer lo consideró “el escritor más perfecto de mi generación”— se convirtió también en película, y su protagonista, la excéntrica *socialité* Holly Golightly, se volvió uno de los personajes más entrañables de Capote y le permitió a Audrey Hepburn hacer una de sus interpretaciones más memorables.

Sin embargo, a pesar del éxito, Capote quería lograr algo más, dejar una huella mayor en la historia de la literatura. Un primer intento fue *Se oyen las musas*, un reportaje en forma de novela sobre la presentación de la ópera *Porgy and Bess*, de George Gershwin, en la Unión Soviética por una compañía conformada sólo por artistas negros de Estados Unidos a principios de 1956. Capote pensó que la naturaleza del tema podría servir para su experimento: aplicar las herramientas literarias propias de la novela para narrar un hecho real. Sin embargo, el resultado no le satisfizo del todo. Las situaciones provocadas por el choque de culturas se prestaban más para la comedia y la sátira, y Capote quería algo más trágico y elevado, que fuera a la médula de la naturaleza humana, que dejara a los lectores helados no sólo por los acontecimientos mismos sino por la forma en que

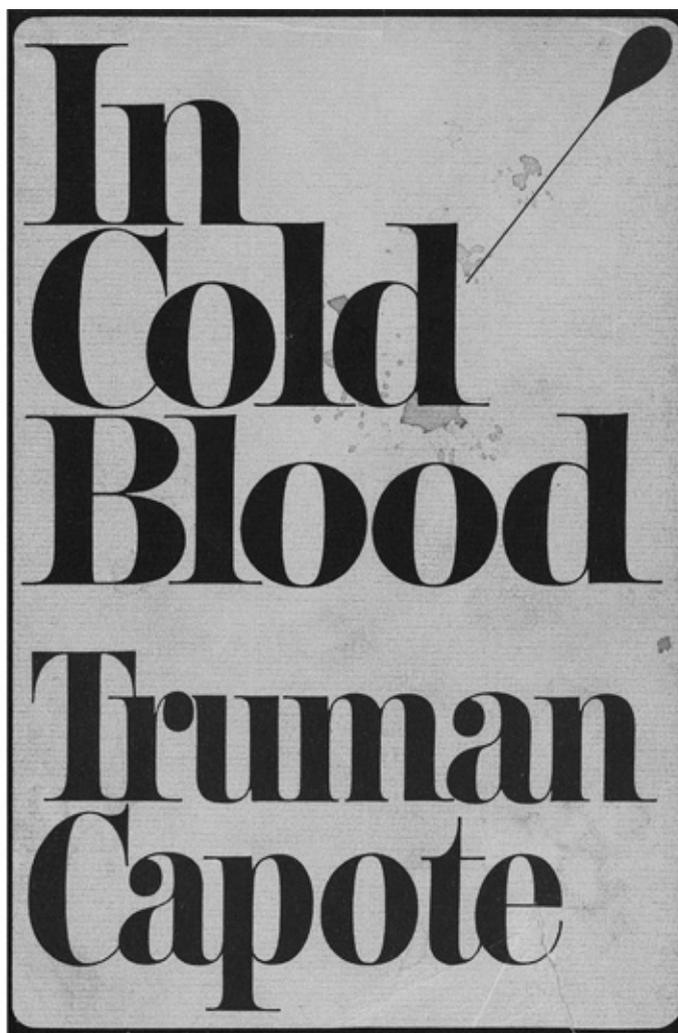
eran narrados, como si fueran la vida misma y no sólo literatura.

La oportunidad le llegaría providencialmente el 16 de noviembre de 1959 en forma de una nota de 300 palabras publicada en la página 39 de *The New York Times*: el brutal asesinato de los cuatro miembros (padres y dos hijos adolescentes) de la familia Clutter en la comunidad rural de Holcomb, Kansas. Le contó a Grobel:

No escogí ese tema porque me interesara mucho. Fue porque quería escribir lo que yo denominaba una novela real, un libro que se leyera exactamente igual que una novela, sólo que cada palabra de él fuese rigurosamente cierta... Hice un par de intentos fallidos con temas que resultaron carecer de elementos suficientes para hacer lo que pretendía y finalmente me dediqué a aquel crimen oscuro en aquella parte remota de Kansas porque me dio la impresión de que, si lo seguía de principio a fin, me proporcionaría los ingredientes necesarios para llevar a cabo lo que sería una hazaña técnica. Era un experimento literario cuyo tema elegí... porque convenía a mis propósitos literarios.

El experimento fue una “novela sin ficción” que se llamaría *A sangre fría*. De inmediato puso manos a la obra: se apalabró con *The New Yorker* para publicar los avances de su investigación, pidió cartas de recomendación para presentarse como periodista y le pidió a su amiga de la infancia Nelle Harper Lee que lo acompañara como asistente y estenógrafa. Lo más sorprendente es que Capote pudo atestiguar el proceso que llevó a la captura de los culpables: Richard Eugene Hickock y Perry Edward Smith, a quienes entrevistó y conoció en profundidad a través de las cartas que le escribían. Debido a la relación de amistad que entabló con Alvin Dewey, el detective a cargo del caso, tuvo acceso a información a la que nadie más podía.

Gracias a su prodigiosa memoria, no grabó ni uno de los cientos de interrogatorios que realizó a todo aquel que hubiera tenido algo que ver con los Clutter o los asesinos. En cuanto terminaba la entrevista, Truman y Nelle se iban a un café o a su cuarto de hotel a transcribir lo escuchado. Si tenían dudas sobre algo, regresaban a corroborarlo cuantas veces fuese necesario. Capote se jactó siempre de que todos y cada uno de los hechos y situaciones del libro habían sucedido en la realidad. Los editores de *The New Yorker* estaban nerviosos porque era la primera vez que publicaban un trabajo con esas ambiciones. Nombraron a un encargado que verificara minuciosamente la información que se iba a publicar y al terminar dijo que Capote era el más preciso de todos los escritores con los que había trabajado. Sin embargo, casi desde que apareció hasta hace apenas un par de años, diversos periodistas e investigadores se han dado



a la tarea de encontrar a toda costa los “errores e inexactitudes” cometidos por Capote. Eso no le ha quitado un ápice de mérito a la hazaña literaria que es *A sangre fría*, que fue un éxito rotundo desde su publicación en partes en *The New Yorker*.

Smith y Hickock fueron condenados a muerte en marzo de 1960. Pero la novela no podía terminar sólo con el juicio. Tenía que concluir con el ahorcamiento de los asesinos. Durante la larga espera debido a la cadena de apelaciones, Capote se dedicó a trabajar con los ocho mil folios de información que había recopilado y estableció una relación muy cercana con Perry Smith, quien tuvo una vida desafortunada, de abandono y maltrato. El diminuto, arisco y deforme Smith —tenía las piernas más cortas debido a un accidente— se mostraba como un soñador con tendencias artísticas —le gustaba leer, escribir, dibujar y tocar la guitarra, aunque se creía más bueno de lo que realmente era—, a quien el destino le había jugado malas pasadas. Sin embargo, el libro deja entrever una personalidad contradictoria y violenta. Capote llegó a sentirse tan identificado con las tribulaciones existenciales de Smith que dijo: “Es como si Perry y yo hubiéramos crecido en la misma casa, pero yo salí por la puerta de enfrente y él por la puerta de atrás”.

(A mediados de la década del 2000, se realizaron casi simultáneamente dos películas que retratan el proceso que vivió Capote durante la investigación de *A sangre fría*. La primera, de 2005, llamada simplemente *Capote*, dirigida por Bennet Miller, tuvo gran éxito de público y de crítica; se basó en los capítulos correspondientes de la biografía “canónica” del escritor que hizo Gerald Clarke. Estelarizada por el malogrado Philip Seymour Hoffman, quien logró su propia, brillante interpretación de la compleja personalidad de Capote —lo que le valió un Oscar de la Academia—, la película mantiene una atmósfera sobria y sombría, y se enfoca en la relación entre Capote, el detective Dewey y Perry Smith. En tanto, la segunda, titulada *Infamous*, de 2006, dirigida por Douglas McGrath, está basada en el libro de testimonios de George Plimpton, quien entrevistó a amigos, conocidos y enemigos de Capote. El actor británico Toby Jones hizo el papel principal, no interpretando a Capote sino *convirtiéndose en él*. El parecido es impresionante en todo: la voz, la estatura, los gestos, los manierismos. Un crítico de cine reclamó: “Le dieron el Oscar al Capote equivocado”. La cinta tiene un tono más ligero y luminoso, aunque se toma libertades creativas como “insinuar” que Capote pudo haberse sentido atraído, hasta tener algún encuentro sexual con Perry Smith, de ahí su predilección por él).

Pasaron cinco años para que la ejecución por fin se consumara. Durante todo ese tiempo, Perry intentó infructuosamente que Capote mediara ante el juez, el jurado o el gobernador mismo para que no los colgaran, mostrando lo bueno que había descubierto en ellos y que pensaba que estaría reflejado en el libro que escribía Capote. Sin embargo, Truman nunca le enseñó nada de lo que pensaba publicar y le daba largas para presentar algo que lejanamente intercediera a fin de evitar el desenlace que necesitaba su novela. Los asesinos tenían que morir en la horca. Ese era el único final admisible para que el libro fuera perfecto.

Esta ha sido una de las pocas veces en que un artista se ha encontrado ante un verdadero dilema entre lo ético y lo estético. ¿Debía intervenir Capote para cambiar el destino de Smith y Hickock y que no fueran ejecutados, a expensas del final ideal para la novela? ¿Valía la pena tratar de evitar el sacrificio de dos vidas con tal de alcanzar un logro estético excepcional? Capote se jactaba de que “el gran logro de *A sangre fría* es que yo no aparezco ni una sola vez. En el libro nunca sale la palabra *yo*”. Es decir, que había desempeñado el papel de un ojo divino que sólo registraba los hechos. Pero en realidad, Truman Capote como persona también intervino en la historia que relataba; su presencia, su acción o inacción, afectaron de alguna manera el curso de los acontecimientos. A fin de cuentas, como cualquier novela, *A sangre fría* no deja de ser un relato de ficción,

donde el artista —jugando a ser dios— decidió dejar muchas cosas fuera, diseccionando la realidad y acomodándola artificialmente para lograr un efecto estético.

Finalmente, Smith y Hickock fueron ejecutados el 14 de abril de 1965 e insistieron que Capote estuviera presente. Al pasar junto a él rumbo al patíbulo, Perry le dijo a Truman, en un susurro: “Adiós. Le quiero y siempre le he querido”. Eso, desde luego, no lo incluyó en la novela.

III. LA MUERTE CIVIL

Publicado en enero de 1966, *A sangre fría* vendió 50,000 ejemplares semanales durante los primeros cuatro meses de haber salido a las librerías y permaneció más de un año en la lista de *best-sellers*, convirtiéndose en uno de los éxitos más espectaculares de la historia de la industria editorial. Fue traducido a 25 idiomas y casi inmediatamente se hizo una película basada en el libro, dirigida por Richard Brooks en los mismos lugares donde sucedieron los hechos, la cual fue nominada a cuatro premios Oscar en 1967.

Capote creía —“algo ingenuamente”, apunta Gerald Clarke en la biografía (Ediciones B, 1989)— que le darían el Premio Pulitzer y el National Book Award, los principales galardones de Estados Unidos, lo que significaría su consagración definitiva en el *establishment* literario. Sin embargo, los jurados de ambos certámenes prefirieron libros de los cuales ahora nadie se acuerda. A Capote le llegó el rumor de que uno de los miembros del jurado del NBA había dicho que se debía premiar libros “menos comerciales” que *A sangre fría*. Ni siquiera recibir el Premio Edgar como el mejor libro de Fact Crime lo consoló.

El golpe fue aun mayor cuando Norman Mailer obtuvo dos años después ambos premios por *Los ejércitos de la noche*, crónica sobre su participación y encarcelamiento por las protestas contra la guerra de Vietnam. Peor todavía: en 1980, Mailer volvió a ganar el Pulitzer con *La canción del verdugo*, el “relato sin ficción” de la vida y ejecución de Gary Gilmore, el primer condenado a la pena capital en Estados Unidos desde 1967. Ai-rado y molesto, Capote le dijo a Grobel:

No me merece ningún respeto el libro de Mailer, que a mi modo de ver, no es una obra literaria. Mailer no lo vivió día a día, no conoce Utah, ni siquiera *conoció* a Gary Gilmore, no hizo la más mínima investigación sobre el libro, otras dos personas fueron quienes recopilaron los datos. No fue más que un redactor, como los que hay en el *Daily News*. Yo me pasé seis años haciendo *A sangre fría*, y no sólo conocía a las personas sobre quienes escribía, sino que las conocía mejor de lo que he conocido a

nadie. De modo que el libro de Mailer simplemente me *fastidió*. ¿Entiende por qué?

Para consolarse un poco, Capote se lanzó de lleno a la vida del *jet set*. Se volvió íntimo amigo de ricas e influyentes *socialités* de Nueva York, como Lee Radziwill, hermana de Jackie Kennedy Onassis; Babe Paley, Slim Keith, Gloria Guinness, Marella Agnelli y C. Z. Guest, a las que bautizó como “sus cisnes”. A finales de año, Truman organizó el Baile de Blanco y Negro, una fiesta de máscaras en honor de la dueña de *The Washington Post* Katharine Graham, al cual fueron invitados sólo los integrantes de la *crème de la crème* de Nueva York. Fue tal su impacto que incluso años después se seguía hablando del evento.

Por otro lado, Capote se convirtió en invitado infaltable a cualquier programa de entrevistas o debate sobre cualquier tema. Su imagen y sus declaraciones aparecían lo mismo en la prensa seria que en los tabloides y las revistas de chismes. Sin duda, de los años sesenta a los ochenta, Capote fue el escritor norteamericano con mayor presencia mediática desde Ernest Hemingway. Fueron célebres sus escaramuzas públicas con Gore Vidal, con el que siempre antagonizó, o con Norman Mailer, de quien al principio fue amigo, pero luego se enemistaron, como ya se ha visto.

Capote no terminó ninguna novela luego de *A sangre fría*. Se sentía exhausto. Se hundió cada vez más en

el alcohol, las drogas y la vida disipada para tratar de aplacar los demonios que lo habitaban: “Nadie sabrá nunca lo que *A sangre fría* se llevó de mí. Me chupó hasta la médula de los huesos. Por poco acabó conmigo. Antes de empezar yo era una persona bastante equilibrada. Luego, no sé qué me sucedió. Sencillamente es que no puedo olvidarlo, especialmente los ahorcamientos del final. ¡Espantoso! El recuerdo de todo aquello no deja de resonar en mi cabeza”.

Sentía que tenía que sacarse la espina de alguna forma, así que pensó que si lo había hecho una vez, podía hacerlo de nuevo. Con *A sangre fría* había perfeccionado la “novela sin ficción”. Ahora elevaría el chisme social a la categoría del arte, tomando como modelo al Proust de *En busca del tiempo perdido*. La idea para el libro la tenía desde finales de los años cincuenta. En 1966 firmó el contrato del libro y recibió un anticipo de 25,000 dólares. La fecha de entrega era enero de 1968, pero el éxito de *A sangre fría* y sus secuelas lo llevaron a renegociar el contrato, recibir otro adelanto de 750,000 dólares y el establecimiento de una nueva fecha de entrega en 1973, que se amplió hasta 1974 y luego a 1977. Finalmente, se estableció un nuevo anticipo de un millón de dólares, si y sólo si Capote entregaba el libro en marzo de 1981. Nunca lo cumplió.

El libro, que terminó por llevar el título de *Plegarias atendidas* —tomado de una cita de Santa Teresa: “Se derraman más lágrimas por plegarias atendidas que



por las no atendidas”—, Capote lo consideró en 1971 “su novela póstuma”, pues “o la mato yo o ella me va a matar a mí”. Finalmente, acordó publicar entre 1975 y 1976 cuatro capítulos como adelanto en la revista *Esquire*: “Mojave”, “La Côte Basque 1965”, “Monstruos perfectos” y “Kate McCloud”. El escándalo fue mayúsculo. Capote presentaba en clave y con nombres cambiados, pero perfectamente identificables, los chismes y la vida íntima de muchos de “sus cisnes”, sus amigos de la alta sociedad neoyorquina, que predeciblemente se sintieron traicionadas y humilladas en público. Y sí: la novela mató a Capote. Le fue declarada la peor de las muertes: la muerte civil, que para los animales sociales como él es como estar muerto en vida. El teléfono dejó de sonar, nadie lo volvió a invitar a ningún evento social, no se lo querían encontrar ni en la calle. Justo igual como con aquel cuento que publicó siendo un niño.

Y el pequeño Truman tuvo que enfrentar de nuevo, rotunda y definitivamente, su miedo más aterrador: el abandono.

IV. LOLA

Agotado y deprimido, Truman pasó sus últimos años hundido en el alcohol y las drogas. Ingresó varias veces a clínicas de rehabilitación, hasta que finalmente en 1977 tuvo un colapso nervioso. Andy Warhol, quien admiraba a Capote desde su juventud, le hizo un retrato y en retribución le pidió que hiciera una columna semanal durante un año en su revista *Interview*. Originalmente serían “conversaciones” con Capote, transcritas de las cintas grabadas mientras lo entrevistaban, pero Truman prefirió escribir breves “retratos conversados”. Esos textos serían la base de *Música para camaleones*, el extraordinario libro que Capote decidió publicar “por el gusto de demostrar que seguía siendo un gran escritor”. Y vaya demostración: relatos como el que da título al libro; la escalofriante noveleta “Araúdes tallados a mano”; el entrañable retrato de Marilyn Monroe en “Una adorable criatura”, o el autorretrato con su “gemelo siamés” en el que estableció: “Soy alcohólico. Soy drogadicto. Soy homosexual. Soy un genio”. En el prefacio escribió: “Cuando Dios le entrega a uno un don, también le da un látigo, y el látigo es únicamente para auto-flagelarse”. Ese sería su canto del cisne.

Truman Capote murió en Bel Air, California, el 25 de agosto de 1984, poco antes de cumplir 60 años, a causa de un cáncer hepático, complicado con flebitis e intoxicación por múltiples drogas. Pero ni muerto Capote pudo mantenerse quieto: sus cenizas fueron robadas y recuperadas en dos ocasiones. No está claro si descansan en la urna que lleva su nombre en el cementerio del

Westwood Village Memorial Park de Los Ángeles o si fueron esparcidas en un estanque.

En 1999, la Editorial Anagrama publicó en español *Los perros ladran. Personajes públicos y lugares privados*, aparecido originalmente en 1973, y que incluye textos que abarcan un periodo de 30 años, de 1942 a 1972. Todos ellos ya habían sido publicados, menos uno: el relato titulado “Lola”. Capote cuenta en el prefacio que lo escribió para “exorcizar el fantasma de una amiga perdida”, y que lo compró una revista norteamericana, pero que no lo publicó porque el director de la revista “decidió que lo encontraba horrendo; dijo que no sabía de qué trataba y que, además, le parecía negro y siniestro”. Y añade:

Yo disiento, aunque comprendo a qué se refiere; instintivamente debió de penetrar la máscara sentimental de este relato verídico y comprender, sin reconocerlo del todo, de qué trataba en realidad: de los peligros y la perdición que supone no percibir y aceptar los límites de nuestra supuesta identidad, las clasificaciones que nos imponen los demás: un pájaro que cree ser un perro, Van Gogh insistiendo en que es un artista, Emily Dickinson en que es poeta. Pero sin esos juicios erróneos y esas convicciones los mares dormirían, y nadie hollaría las nieves eternas.

“Lola” cuenta la historia de una mascota de Capote: una cuerva con las alas cortadas, pícara y ladrona, que, en efecto, creció creyendo que era un perro. Cuando se está bañando plácidamente en un balcón, Lola se ve amenazada por un gato y tiene que saltar al vacío. Obvio, no sabe volar y cae en un camión de basura que se la lleva para siempre. A la mitad del cuento, escribió Capote: “Un día se me ocurrió que Lola no sabía lo que era un pájaro. Creía ser un perro. Graziella me dio la razón, y los dos nos reímos; lo consideramos una rareza deliciosa, y ninguno previó que el malentendido de Lola iba a acabar en tragedia: *el destino que aguarda a todos aquellos que rechazamos nuestra propia naturaleza e insistimos en ser algo distinto de lo que somos*” (las cursivas son mías).

Fechada en 1964, cuando tenía 40 años y 20 años antes de su muerte, y seguramente se encontraba enfrascado en la investigación de *A sangre fría*, la historia de Lola en realidad es la historia de la vida de Truman Capote: la del niño temeroso de ser abandonado, con las alas cortadas, con un talento privilegiado que hizo lo que mejor sabía, pero creyó que podía convertirse en otra cosa que no era. Y al lanzarse al vacío, no pudo volar y terminó en el camión de la basura. Es casi seguro que todo eso ya lo supiera y lo presintiera cuando lo escribió. Pero, como él mismo lo dijo: ¿qué sería de nosotros sin esas convicciones y esos juicios erróneos, creyéndonos lo que no somos, pero empeñados en contradecir al mundo entero? **U**